

Presentación

La ética sin moral es abstracta, irreal, inoperante. En cambio, la moral sin ética es folklore o ideología legitimadora de lo existente. El realismo moral que sólo conociese o reconociese las normas morales tal y como las vive un grupo o una colectividad equivaldría a un conformismo con la moral vigente. El idealismo moral llevado a su extremo mantendría una fidelidad idealista a unos principios puros y resultaría inoperante a la hora de transformar una realidad que no se ajusta a esos principios. Conviene buscar salida y mediación a este dilema que tiene que resolver tanto la reflexión ética como la vida moral (Augusto Hortal).

Ya en el mejor pensamiento medieval –San Alberto Magno– puede encontrarse la diferencia entre la moral vivida (*ethica utens*) y la moral pensada (*ethica docens*), queriendo ser esta segunda fundamento y justificación de la primera. Por eso, en principio, la ética, como reflexión sobre la vida moral, ha de renunciar a la pretensión de ser «discurso único», pues a lo largo de la historia se han ido creando distintas formas de filosofía que han querido iluminar de diferentes maneras tanto dimensiones teóricas como prácticas de la vida humana.

Por otra parte, convendría siempre hablar de «lo moral» mejor que de «la moral», porque hay diversidad de ellas –religiosas y no religiosas– y, entonces, la tarea de la ética podría ser definida con precisión: clarificar en qué consiste «lo moral» que debería encarnarse adecuadamente en los diversos contenidos de los posibles caminos de moralidad.

Pues bien, reconocido este valioso pluralismo, es necesario también subrayar, y con la misma fuerza, que las diferentes propuestas de la ética ofrecen un irrenunciable fundamento común: los seres humanos somos constitutivamente morales por tener que justificar nuestros actos, a diferencia de los demás seres vivos, que instintivamente están ajustados al medio.

Y esta justificación exigiría, para toda propuesta ética, primero, mostrar la posibilidad de establecer juicios valorativos (prescriptivos) –no solo descriptivos– mostrando, a su vez, qué tipo de verdad (o falsedad) pueden ofrecer; segundo, mostrar también, con un discurso adecuadamente fundado, por qué la realización de la vida humana pende de la decisión libre (autonomía) de obediencia a dichos juicios; y, por último, para no dejar a la ética sin objeto, distinguir, y la tarea no es fácil, lo específicamente moral de lo religioso, lo político y lo jurídico, todos ellos, como es sabido, saberes prácticos, porque solo así lo moral éticamente pensado podrá ejercer su contraste crítico frente a dogmatismos religiosos, leyes injustas o decisiones políticas inhumanas.

Enfrentar estos grandes retos para seguir ofreciendo caminos de «vida nueva» para el ser humano constituye la pretensión última de las reflexiones que ofrecemos. Ojalá sean motivo para seguir pensando intersubjetivamente «lo moral».

Antonio Jesús María Sánchez Orantos, cmf.